

ESTUDIOS

EL DEBATE DE LA SEGURIDAD EN EUROPA

(Una reflexión sobre sus antecedentes históricos)

Por ANGEL VIÑAS *

Desde hace algunos años, y con gran intensidad en los últimos, los movimientos pacifistas han desarrollado acciones espectaculares en la mayor parte de los países europeos occidentales. Incluso en España.

Marchas, manifestaciones y protestas masivas —a veces sin precedentes— son sólo los efectos más visibles de un fenómeno sin duda profundo y que ejerce una influencia cierta en la política de las democracias europeas e incluso en la política de seguridad internacional. El movimiento por la paz ha ido, en efecto, haciéndose cada vez más complejo, ha ido estructurándose mejor, y, tras las últimas elecciones alemanas de marzo de 1983, se ha incrustado, por la vía de la heterogénea coalición de los «verdes», en el Parlamento de un país que es clave en la seguridad europea.

Los movimientos pacifistas no son nuevos en Europa. Sus raíces se remontan al siglo XIX. Lo que es nuevo es la intensidad de su compromiso frente a una situación absolutamente inédita en la historia europea y en la historia de la Humanidad. El próximo despliegue de los denominados «euro-misiles» constituye tan sólo un punto de cristalización de tensiones profundas, agravadas por las sombrías perspectivas de las negociaciones INF de Ginebra.

Los problemas de seguridad europea, que aquí no se repasan en su totalidad, se proyectan hoy sobre casi treinta y cinco años de experiencia. Su

* Las opiniones aquí emitidas son estrictamente personales y no reflejan las de ninguna de las instituciones con las que el autor está conectado.

Este trabajo es la versión, ligeramente retocada, de una conferencia pronunciada en mayo de 1983 en el Aula de Cultura del *Correo Español-El Pueblo Vasco*, que ha autorizado amablemente su publicación. Está conectado con un ensayo, en paralelo, sobre «La seguridad militar en Europa», de próxima aparición en *Leviatán*. La revisión se ha hecho en septiembre de 1983.

Agradezco a Carlos Fernández Espeso, director general de Asuntos Internacionales de Seguridad y Desarme, sus comentarios a un manuscrito previo. De los errores y omisiones sólo es responsable el autor.

evolución ha contado con fases de peligrosidad cambiante, se ha visto marcada en mayor o menor medida por la distensión en la década de los años setenta y ha entrado en una etapa de clara aceleración y fricción en nuestros días.

La situación presente configura algunos de los problemas esenciales de la actual escena europea y que figuran entre los más importantes de nuestra generación. En este ensayo se intenta reconstruir a grandes rasgos el trasfondo histórico del debate que suscita el previsto despliegue de los «euromisiles» en nuestro continente.

Séame permitido, ante todo, hacer dos puntualizaciones previas:

1.º Como ha recordado recientemente el profesor Holloway, las armas nucleares depositadas en Europa o para uso en escenarios de conflicto en ella se encuentran en el centro de la pugna entre la Unión Soviética y las potencias occidentales y están inmersas en la dinámica establecida entre los Gobiernos europeos y los renovados movimientos por la paz en esta parte del mundo¹.

2.º El debate de la seguridad en Europa está marcado de manera esencial por los potenciales de amenaza cristalizados en el conflicto Este-Oeste y por los desplazamientos observados o percibidos en los mismos durante el período que se inicia tras la segunda guerra mundial.

Dichos potenciales de amenaza se remontan, en efecto, a los años cuarenta, cuando la Unión Soviética incorporó a su zona de seguridad el conjunto de naciones que hoy denominamos países del Este. George F. Kennan, director del Gabinete de Planificación del Departamento de Estado norteamericano en aquella época, diseñó entonces una estrategia, caracterizada de «contención», que tendió a robustecer económica, política y psicológicamente la Europa occidental (a través del Plan Marshall) y que pretendía hacer ver a los soviéticos que tras ello habrían agotado sus posibilidades de penetración por lo que, en consecuencia, cabría establecer las bases para que, en una negociación gradual y paulatina, abandonasen el territorio centroeuropeo las tropas soviéticas y norteamericanas².

SE CREA LA OTAN

Esta estrategia sólo funcionó en parte en la forma en que Kennan había diseñado. Hacia 1948 los países europeos occidentales decidieron que la

¹ DAVID HOLLOWAY: «Nuclear Weapons in Europe», *Bulletin of the Atomic Scientists*, abril de 1983.

² GEORGE F. KENNAN: *The Nuclear Delusion. Soviet-American Relations in the Atomic Age*, Pantheon Books, Nueva York, 1982, pp. x-xiii. La mejor disección de la estrategia de Kennan se encuentra en JOHN LEWIS GADDIS: *Strategies of Containment. A Critical Appraisal of Postwar American National Security Policy*, Oxford University Press, Nueva York, 1982, en donde se descompone analíticamente en tres fases: restaurar el equilibrio en Europa, alentando a los países amenazados por el expansionismo soviético; reducir la capacidad soviética de proyectar influencia fuera de sus fronteras, estimulando las tensiones dentro del movimiento comunista internacional; modificar la actitud y el comportamiento soviéticos a través de un juego complejo de recompensas y castigos.

reconstrucción económica no les bastaba para hacer frente al peligro soviético, asentado en una aplastante superioridad militar en la Europa oriental. Este temor se vio azuzado por el propio Kremlin —que bloqueaba Berlín— en su negativa a desmovilizar con la misma intensidad que los aliados occidentales.

Con cierta desilusión por parte de Kennan, estas ansiedades³, estimuladas por la crisis checoslovaca, condujeron a la creación de la OTAN, en abril de 1949, como marco de defensa, amparada en un principio por el monopolio nuclear norteamericano, ya evidenciado en el verano de 1945⁴.

La contención trató de asegurarse básicamente por medios militares. A finales de los años cuarenta, cuando la Unión Soviética quebró dicho monopolio, los Estados Unidos habían desplegado ya en la Gran Bretaña bombarderos que podrían transportar bombas atómicas⁵. Tales aviones no alcanzarían sus objetivos en la Europa oriental desde territorio norteamericano y, en consecuencia, toda una serie de bases (la denominada «defensa avanzada») se estableció en torno a la URSS y sus satélites con objeto de poder lanzar desde ellas, llegado el caso, modernos ingenios de destrucción. El *Strategic Air Command* (SAC) se convirtió en la primera arma en condiciones de iniciar una confrontación nuclear y fue el elemento esencial, durante los años cincuenta, de la estrategia disuasora norteamericana.

En febrero de 1952 el Consejo Atlántico adoptó una serie de decisiones que preveían el establecimiento de hasta 40 divisiones en activo y de 55 a 60 divisiones de reserva más la incorporación de 6.000 aviones a finales de 1954 y un fuerte volumen de unidades navales. Tales objetivos no pudieron alcanzarse y la OTAN entró en una fase de «rearme y relajamiento», en la que cristalizó una notable discrepancia entre los planteamientos estratégicos y la dimensión de la fuerza⁶.

Cuando, en 1953, Eisenhower se hizo cargo de la presidencia de los Estados Unidos se adoptó la estrategia de «represalias masivas» que permitiría la utilización de armas nucleares tácticas y estratégicas en contra de ataques convencionales cuando ello fuera ventajoso militarmente. Y, por supuesto, la OTAN no tardó en alinearse con tal línea de pensamiento

³ DANIEL YERGIN: *Shattered Peace. The Origins of the Cold War and the National Security State*. André Deutsch, Londres, 1978, pp. 362 y ss.

⁴ GREGG HERKEN: *The Winning Weapon. The Atomic Bomb in the Cold War, 1945-1950*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1980, es, por ahora, el mejor estudio de esta problemática. Para el texto, véanse pp. 292 y siguientes.

⁵ En consecuencia, ha señalado PHILIP MORRISON, «The Spiral of Peril: A Narrative of the Arms Race», *The Bulletin of the Atomic Scientists*, enero de 1983, fueron los Estados Unidos quienes dieron los pasos iniciales para prepararse a una guerra nuclear. Los primeros aviones llegados a Inglaterra, en el verano del bloqueo de Berlín en 1948, fueron B-29 sin modificar. Parece que al año siguiente se desplegaron en suelo inglés bombarderos ya adaptados.

Para entonces el primer ministro británico y cinco miembros del Gobierno laborista habían decidido, en el máximo secreto, que Inglaterra debía convertirse en una potencia nuclear «independiente». SOILY ZUCKERMAN, *Nuclear Illusion and Reality*, The Viking Press, Nueva York, 1982, p. 83.

⁶ ROBERT E. OSGOOD: *NATO. The Entangling Alliance*, University of Chicago Press, 1962, cap. 4.

estratégico preconizando el uso de armas nucleares si la Unión Soviética iniciaba una agresión contra algún miembro de la Alianza. En octubre de 1954 el mariscal Montgomery, segundo comandante en jefe, no dejó lugar a dudas de que la planificación de operaciones descansaba en la utilización de los nuevos arsenales nucleares⁷.

AVANCES SOVIÉTICOS

Hasta la mitad de la década este tipo de nuevas armas no empezó a integrarse en las Fuerzas Armadas soviéticas.

Frente a la superioridad norteamericana la primera reacción había estribado en ampliar masivamente la defensa aérea, aunque luego se desarrollaron bombarderos de largo alcance que en Washington se consideró podían llegar a las costas estadounidenses. Más tarde se puso de manifiesto que en los años cincuenta los rusos habían construido menos de dos centenares de tales aparatos y que, además, carecían de la capacidad de repostado en vuelo necesaria para cubrir tan larga distancia⁸. El retraso soviético en materia nuclear había llevado, en efecto, a concentrar las prioridades en una aviación de menor alcance, pero con capacidad para destruir o neutralizar el conjunto, todavía relativamente pequeño, de bases aéreas y navales occidentales, de centros de comunicación vitales y de depósitos militares de amenaza directa para la URSS que se encontraran fuera de los propios Estados Unidos. Se ha estimado que tales objetivos no ascenderían a más de un centenar, aunque su número aumentó rápidamente a lo largo de la década. En 1955, los sistemas avanzados occidentales desde los cuales era posible asestar golpes nucleares a la URSS ascendían ya, sin embargo, a unos 500.

La respuesta inicial soviética estribó en desplegar misiles tácticos —los SS-1 y SS-2— de alcance limitado pero el Kremlin no tardó en reconocer que el advenimiento de misiles de largo alcance causaría una revolución en el arte militar. La URSS fue la primera en experimentar un misil intercontinental —el SS-6— en agosto de 1957, a lo que siguió poco después el espectacular lanzamiento del *Sputnik*. En 1959 se estableció una nueva arma: las Fuerzas de Misiles Estratégicos⁹, que tuvieron importantes consecuencias no

⁷ Las declaraciones de Montgomery fueron hechas en el Royal United Services Institute y los párrafos relevantes en este contexto han sido reproducidos recientemente por el mariscal MICHAEL CARVER, *A Policy for Peace*, Faber & Faber, Londres, 1982, pp. 32-33. Entre las mismas figura una justificación que entonces constituía la consideración básica de la defensa europea: «La razón de ello estriba en que no podemos contrarrestar la fuerza que se desataría sobre nosotros si no utilizamos armas nucleares y nuestros jefes políticos nunca han mostrado mucho entusiasmo en darnos los medios para poder prescindir del uso de dichas armas. (...) Hay gente que afirma que si estalla una guerra no se emplearán armas nucleares. Yo discrepo. Mi opinión es que el temor a las mismas constituye un importante factor de disuasión pero si hay guerra es muy probable que ambos bandos las utilicen. Nosotros, ciertamente, lo haremos...».

⁸ SHEILA TOBIAS; PETER GOUDINOFF, STEFAN LEADER y SHELAH LEADER: *What Kinds of Guns are They Buying for your butter? A Beginner's Guide to Defense, Weaponry, and Military Spending*, William Morrow, Nueva York, 1982, p. 93.

⁹ Para todo esto véase ROBERT P. BERMAN y JOHN C. BAKER: *Soviet Strategic Forces. Requirements and Responses*. The Brookings Institution, Washington DC, 1982, cap. 3.

sólo en el plano organizativo, sino también en el estratégico. Sin ellas es impensable el continuado avance armamentístico soviético en la década siguiente.

Los años cincuenta fueron, no obstante, una época relativamente feliz porque la «garantía nuclear» norteamericana amparaba la defensa europea, vehiculada a través de la OTAN. Los Estados Unidos pensaban que podrían asestar demolidores ataques nucleares a la URSS en el caso de que ésta invadiera Europa occidental sin peligro de exponerse a ataques equivalentes.

Pero ya entonces se acortaron extraordinariamente los períodos entre acción y reacción. En enero de 1950 el presidente Truman había ordenado que se explorase la posibilidad de superar la bomba atómica. En noviembre de 1952 tuvo lugar la primera explosión de una bomba de hidrógeno: equivalía a casi mil veces la arrojada sobre Hiroshima. Un año más tarde los rusos hicieron explotar la suya y cuando los Estados Unidos, a principios de 1954, dispusieron de un ingenio termonuclear realmente operativo, tampoco los rusos anduvieron a la zaga: al año siguiente habían alcanzado a los norteamericanos.

En consecuencia, a medida que aumentaba la posibilidad de que el territorio estadounidense dejara de ser invulnerable a eventuales acciones nucleares soviéticas, la orientación estratégica que habían adoptado los Estados Unidos en un primer momento, la de represalias masivas, perdería, aunque lentamente, su inicial credibilidad.

NUEVOS AVANCES NORTEAMERICANOS

Quizá, en efecto, no pudiera dudarse de que la reacción de Washington ante un ataque a los Estados Unidos consistiría en hacer uso de los modernos y temibles arsenales nucleares. Pero sí se dudó que tal fuera a ser el comportamiento si las provocaciones soviéticas no afectasen a intereses norteamericanos absolutamente vitales. Y, desde luego, se dudaría de ello mucho más cuando los rusos fueron ampliando su capacidad nuclear, que —por cierto— fue considerablemente exagerada por el Gobierno estadounidense¹⁰.

En los primeros años de la década de los sesenta cerca de 600 misiles SS-4 soviéticos de alcance intermedio, complementados con un centenar de SS-5 se desplegaron contra Europa y el Lejano Oriente. Se trataba de elementos bastante eficaces para hacer frente a las contingencias regionales que pudiera temer el Kremlin. Pero, simultáneamente, se desarrollaban otros misiles —los SS-7, SS-8 y SS-9— de carácter intercontinental y que, por consiguiente, podían alcanzar a los Estados Unidos. Con todo ello, la estrategia soviética, que en realidad se había centrado hasta entonces en el despliegue de poderosísimas fuerzas convencionales, pasó a basarse claramente en fuerzas nucleares.

¹⁰ Un excelente estudio sobre ello es el del congresista LES ASPIN, «Debate Over U.S. Strategic Forecasts: A Mixed Record», *Strategic Review*, verano de 1980.

Los temores de Washington a quedarse atrás en la carrera contribuyeron a acelerar los programas norteamericanos. Hasta el momento éstos habían hecho hincapié en los bombarderos estratégicos, pero la denuncia de John F. Kennedy durante su campaña electoral de que los Estados Unidos habían incurrido en enormes vulnerabilidades contribuyó al desarrollo de los misiles intercontinentales en un período en el que los norteamericanos disponían ya, en 1960, de 18, contra sólo cuatro por parte soviética. Al año siguiente un análisis más detenido de fotografías tomadas por satélite reveló que los rusos habrían desplegado, como máximo, 10 misiles intercontinentales, frente a los 500 e incluso 1.000 que cuatro años antes habían estimado la CIA y las Fuerzas Aéreas. Con ello, el denominado «bache de los misiles» se reveló ilusorio¹¹.

Como ha señalado Aspin los norteamericanos se habien equivocado al interpretar las prioridades soviéticas: éstas continuaban siendo de índole regional y, en realidad, entre 1958 y 1965 los rusos desplegaron en torno a los 700 misiles de alcance medio e intermedio *dirigidos a blancos en Europa occidental*.

En tal situación los Estados Unidos impulsaron aceleradamente los misiles intercontinentales:

La primera generación —los Atlas, Titán I, Thor y Júpiter— era bastante primitiva pero representaba la aparición de una nueva punta de lanza dirigida contra la Unión Soviética y ello indujo a ésta, posiblemente, a ciertas acciones como la crisis de Cuba en 1962 que añadieron leña al fuego. Con el Titán II empezó a hacer acto de presencia una segunda generación de misiles, que se completó con la introducción de los famosos Polaris, que podían ser lanzados desde submarinos del mismo nombre. Cristalizaba así en los años sesenta la famosa tríada estratégica norteamericana descompuesta en las tres ramas que constituían los bombarderos de largo alcance, los misiles intercontinentales y los submarinos provistos de cabezas nucleares. Todos ellos con ventajas e inconvenientes.

Los bombarderos son lentos y vulnerables en el suelo, pero podían despegar al menor indicio de un ataque, dispersándose rápidamente, retroceder en vuelo si la amenaza resultaba ser falsa (como ocurrió en diversas ocasiones) y recibir instrucciones cambiantes para la acción. En cualquier caso, con un porcentaje elevado de aparatos en situación permanente de alerta máxima era previsible que una parte del más antiguo elemento de la tríada podría sobrevivir a un eventual ataque.

Los misiles intercontinentales tienen la ventaja de su enorme precisión ya que son lanzados desde posiciones fijas, pero esto constituye también su gran inconveniente puesto que la ubicación de tales emplazamientos es conocida del adversario. No ocurre lo mismo con los submarinos, prácticamente

¹¹ Datos tomados de TOBIAS, *et al.* p. 100, y de ASPIN, pp. 32-33.

indetectables y que, por consiguiente, garantizan la supervivencia de una parte del dispositivo nuclear, si bien su precisión deja, todavía, que desear.

En consecuencia, desde los años sesenta la estrategia norteamericana se orientó hacia la potenciación de cada rama de la tríada con el objeto de mejorar su precisión, puntería, alcance y posibilidad de supervivencia, aumentando el número de sus efectivos.

HACIA UN CAMBIO DE ESTRATEGIA

Con arsenales nucleares en rápida expansión, si bien los soviéticos iban a la zaga, las dos superpotencias se aseguraban una considerable capacidad de *overkill*, es decir, de reducir varias veces a cenizas al adversario. El nuevo secretario de Defensa en la Administración Kennedy, Robert S. McNamara, pronto comprendió que la acumulación de nuevas armas nucleares generaba rendimientos decrecientes: si 400 bombas de un megatón, equivalentes cada una a un millón de toneladas de TNT¹², bastaban para aniquilar el 60 por 100 de la capacidad industrial soviética y entre 50 y 100 millones de rusos, ¿hasta qué punto se necesitaban más? Una serie de estudios mostraron que duplicar el arsenal de bombas de un megatón desde 400 a 800 sólo permitiría aumentar la destrucción de población e industria soviéticas en un 9 y en un 1 por 100 respectivamente¹³.

Estos, y otros planteamientos en los que no nos detendremos¹⁴, indujeron a ciertas innovaciones estratégicas no en último término porque, a comienzos de la década de los sesenta, la amenaza de represalias masivas hacía agua. Fue entonces, también, cuando se abrieron considerablemente las aristas entre los europeos y los norteamericanos.

No se dudaba, ciertamente, de que la disuasión nuclear a través de una dura represalia estabilizaba, bien que mal, la situación, pero, ¿qué ocurriría si fracasaba? Los europeos, pensando en que el continente sería el teatro de operaciones más probable, favorecían una escalada rápida hacia un conflicto intercontinental para evitar que las hostilidades se dirimieran en Europa con armas nucleares tácticas o con elementos masivos de índole convencional de elevada capacidad destructora. Por su parte, los Estados Unidos retrocedían ante la posibilidad de tener que dar una respuesta basada en la utilización de misiles intercontinentales, salvo como caso extremo. Se subrayó, en consecuencia, que la estrategia de las represalias masivas perdía credibilidad.

¹² Las bombas de un megatón son bastante corrientes en los arsenales nucleares y su explosión equivaldría, aproximadamente, al efecto combinado de un tercio de todas las municiones utilizadas en la segunda guerra mundial. Recuérdese que la capacidad destructiva de la bomba lanzada sobre Hiroshima era de unas 12.500 toneladas de TNT y la de Nagasaki de 22.000.

¹³ Datos recogidos en LAWRENCE FREEDMAN: *The Evolution of Nuclear Strategy*, St. Martin's Press, Nueva York, 1981, p. 247, obra absolutamente fundamental.

¹⁴ Habría que mencionar, por ejemplo, los relacionados con la estrategia de «limitación de daños», orientada a reducir éstos si fallaba la disuasión (con la introducción de sistemas de defensa civil y antibalística, después abandonada) y la de «destrucción mutua asegurada».

También hubo gente que destacó que si los europeos mostraban tanto interés por el mantenimiento de la garantía nuclear norteamericana es porque no deseaban asumir los costos que suponía reducir la dependencia de la OTAN con respecto al paraguas nuclear yanqui en favor de una estrategia que diera más peso a las fuerzas convencionales.

Pero la presentación estadounidense de los cambios en planteamientos estratégicos no fue hecha con demasiada habilidad y cuando Washington enfatizó la necesidad no sólo de que los europeos acrecentaran las fuerzas convencionales sino de que le dejaran el monopolio de las decisiones en materia de defensa nuclear, De Gaulle no tardó en plantear novedosas teorías sobre la seguridad en Europa y la urgencia, para Francia, de desarrollar una capacidad de disuasión relativamente independiente.

Las discrepancias entre europeos y norteamericanos, muy bien analizadas por Freedman, fueron intensas pero no se tradujeron en un deterioro profundo de las relaciones políticas entre unos y otros. Prepararon, sin embargo, el terreno para un cambio en la estrategia común que se tradujo en la adopción, en diciembre de 1967, de la famosa estrategia de «respuesta flexible» que continúa siendo hasta el momento la piedra angular de la doctrina oficial de la OTAN.

LA RESPUESTA FLEXIBLE

La nueva estrategia, sobre la que se han escrito centenares de libros y millares de artículos, es —en su concepción— simple y representa un compromiso entre los intereses europeos y los norteamericanos: los primeros contemplarían la posibilidad de escalada nuclear como elemento esencial de la disuasión en tanto que los segundos subrayarían que una capacidad de defensa convencional mejorada y ampliada resultaba esencial para hacer creíble la política disuasoria.

En sus líneas esenciales la «respuesta flexible» preconiza que una eventual agresión soviética contra Europa occidental o los Estados Unidos se contrarreste en un principio no con la utilización masiva de armas nucleares sino con la graduación en el empleo de los distintos niveles del dispositivo de armas y fuerzas a disposición de la Alianza controlando, en la medida de lo posible, la escalada de unos a otros.

Así, una agresión realizada con efectivos convencionales habría de ser rechazada con medios de este carácter, evitando el automatismo, hasta entonces preconizado, de la respuesta nuclear. Sólo en el caso de que la defensa por medios convencionales resultara insuficiente, y fracasara, la nueva estrategia recomendaba hacer un uso limitado y selectivo de las armas nucleares. Dicha utilización podría dirigirse en un primer momento contra objetivos tácticos que demostraran al agresor el riesgo a que se exponía de continuar la agresión. Ello serviría, se afirma, para ilustrar convincentemente

la voluntad de la Alianza de no retroceder ante la escalada. Esta, en consecuencia, podría iniciarse con el lanzamiento de un mero artefacto nuclear y continuar con el empleo de un abanico de armas nucleares tácticas, de carácter intermedio, apuntadas contra los satélites de la Unión Soviética, por ejemplo para destruir las líneas de refuerzo de los agresores. Pero, en último término, llevaría a la posible utilización del arsenal occidental contra objetivos seleccionados en la propia URSS de una lista en la que, en principio, no se comprendieran blancos propios de una guerra nuclear en gran escala (a tal efecto se ha sugerido que en dicha lista figurarían instalaciones militares y refinerías petrolíferas alejadas de Moscú). Al final, si la respuesta en todos los escalones previos fracasa, el holocausto sería inevitable.

La idea de la «respuesta flexible», así brevemente esbozada, estriba en hacer ver al adversario que el riesgo al que se expone resulta incalculable. Es decir, los éxitos que éste prevea no deben entrar en una relación razonablemente aceptable con las pérdidas y daños que de ellos se le deriven. O, dicho de otra manera, el riesgo para el agresor debe elevarse tanto que una agresión no le resulte rentable.

Aunque la descripción que antecede sea, quizá, excesivamente rígida pues parece evidente que dentro del objetivo de «incalculabilidad» figura en primer término el deseo de que el agresor no pueda identificar con precisión cómo y con qué medios se le dará una respuesta, parece evidente que la nueva estrategia —menos nueva de lo que podría pensarse, pues sus raíces se remontan a la década de los cincuenta— descansa en, al menos, tres supuestos:

1.º Interacción estrecha entre los distintos medios disuasorios, es decir, entre los efectivos convencionales, las armas nucleares tácticas y las estratégicas.

2.º Verosimilitud de respuesta a los tres niveles ya que sólo disuade la existencia de armas utilizables y no neutralizables.

3.º Primer empleo de armas nucleares, aún en el caso de una agresión efectuada con medios convencionales si los de este carácter se revelan impotentes para detener el ataque.

Y, por lo que antecede, se observa que las reacciones previstas dentro de esta estrategia son también tres:

- 1) Defensa directa al nivel elegido por el agresor.
- 2) Escalada, que se pretende «controlada».
- 3) Reacción general contra el potencial estratégico del adversario, es decir, catástrofe nuclear total.

Pero en dicha estrategia no figuran en primer plano:

a) Efectos de la respuesta previsible del adversario sobre las fuerzas de la Alianza y las instalaciones militares.

b) Consecuencias para la población civil en una área tan densamente poblada como es la Europa occidental.

Una guerra «limitada» que pudiera involucrar tan sólo la utilización de unas cuantas docenas de ingenios nucleares podría ser devastadora para Europa si se dirime en su suelo. Como ha señalado recientemente McNamara: «las armas nucleares no tienen en la actualidad ningún propósito militar. Carecen totalmente de utilidad, salvo para disuadir a un adversario que las emplee»¹⁵.

La estrategia de la «respuesta flexible» constituyó no tanto un plan coherente como un clásico compromiso político: los europeos aceptaron la necesidad de mantener un nivel inicial de defensa convencional en tanto que los norteamericanos reafirmaban su voluntad de escalar eventuales hostilidades hasta el nivel más elevado, si ello fuera necesario. Lo primero convenía a los intereses de Estados Unidos, la segunda parte reflejaba los temores europeos¹⁶.

La nueva estrategia, ha indicado el mariscal Carver, servía para justificar la existencia de todos y cada uno de los tipos de armas nucleares: los proyectiles de artillería, los misiles de corto alcance utilizables sólo con fines tácticos, las bombas lanzables por aviones de índole táctica y estratégica, los misiles de alcance intermedio y, por último, los intercontinentales.

También se ha subrayado la escasa verosimilitud de que la escalada nuclear desde el primer disparo de este carácter pudiera ser controlada. No sólo porque un escenario de combate real no tiene por qué adaptarse a los desarrollados en juegos de simulación más o menos elaborados (recordemos aquí la noción de «fricción», es decir, la diferencia entre planes y realidad, entre la guerra auténtica y la guerra en el papel, tan cara a Clausewitz)¹⁷, sino porque resulta improbable que la URSS vaya a adaptarse, rígidamente, a la lógica de los escenarios previstos por la OTAN.

En un excelente resumen de las opiniones soviéticas sobre la disuasión, el profesor Ericson ha subrayado, por ejemplo, que la literatura profesional de aquella procedencia reconoce implícitamente que una escalada rápida y total es la contingencia más probable de lo que ha dado en denominarse «guerra limitada» y que ella no tardaría en implicar toda la capacidad estratégica norteamericana... y soviética¹⁸.

Lo que sí ha parecido correcto, incluso a críticos muy destacados de la «respuesta flexible» como, por ejemplo, al ex general alemán Bastian, hoy diputado de los «verdes» en Bonn, es el hincapié hecho en la misma en el reforzamiento de la capacidad de defensa convencional ante una eventual agresión. En él encontrarían su razón de ser las fuerzas armadas (carentes de

¹⁵ *The New York Times*, 2 de febrero de 1983.

¹⁶ MARSHA MC GRAW OLIVE y JEFFREY D. PORRO (eds.): *Nuclear Weapons in Europe. Modernization and Limitation*. Lexington Books, Lexington, 1983, p. xiii.

¹⁷ CARL VON CLAUSEWITZ: *De la Guerra*. Ediciones Ejército, Madrid, 1980, libro I, cap. VII, pp. 84 y 85.

¹⁸ JOHN ERICSON: «The Soviet View of Deterrence: A General Survey», *Survival*, noviembre-diciembre de 1982.

artefactos nucleares propios) de un país, como la República Federal de Alemania, que está en primera línea ante un eventual avance desde el Este¹⁹.

LA ESTRATEGIA DEL ESTE

Hagamos, ahora, un breve resumen de la doctrina militar del Pacto de Varsovia. No es esto un ejercicio inútil. John Ericson, partiendo del principio —que no es para muchos axiomático— de que los rusos no piensan necesariamente como los norteamericanos, ha señalado incluso que quizá ese factor, el más abstracto de todos, que denominamos «doctrina», pueda convertirse en uno de los más importantes de la ecuación estratégica. Capacidad, en efecto, no equivale a designio, propósito o intención en la época tormentosa del posible holocausto nuclear.

Los países del Este tratan de asegurar que el conflicto se dirima con medios convencionales y nucleares muy superiores en territorio adversario, hacia el cual se avanzaría con la máxima rapidez. La ofensiva constituye, en efecto, la base de la estrategia del Pacto que trata de garantizar el que le sea posible mantener la iniciativa en la acción. De aquí que el grueso de sus efectivos en Europa central goce de un alto grado de preparación y que su organización y equipamiento estén orientados por las necesidades del ataque.

Naturalmente, como muchos tratadistas occidentales han puesto de manifiesto, la ofensiva entendida como «defensa hacia delante» constituye históricamente una estrategia defensiva válida y aceptable. Sobre propósitos finales podrá discutirse indefinidamente, pero lo que está claro es que tal orientación explica en gran parte que la estructura, dotación de medios y niveles de efectivos de las Fuerzas Armadas del Pacto de Varsovia tengan una disposición completamente diferente a lo que ocurre en el caso de la OTAN, con su orientación centrada más bien en un concepto defensivo, aunque tampoco éste excluye la ofensiva.

En la literatura se manejan, cuando menos, tres razones para explicar la orientación del Pacto de Varsovia: experiencia histórica de la URSS, invadida en la segunda guerra mundial; su situación geoestratégica, rodeada de adversarios potenciales (incluida China) que podrían concentrar desde fuera sus fuerzas contra ella y, por último, la necesidad de disuadir un conflicto en escenarios fuera de territorios de sus aliados —o satélites— por motivos políticos y psicológicos obvios.

De seguir el análisis de Ericson sobre declaraciones y literatura militares y estratégicas soviéticas, parece que en ellas predomina la noción de que la guerra nuclear no es un instrumento racional de la política porque la relación entre fines y medios pierde toda posible significación cuando el costo de destruir al enemigo equivale a la propia autoinmolación²⁰. Los rusos divisa-

¹⁹ GERT BASTIAN: *Frieden schaffen; Gedanken zur Sicherheitspolitik*, Kindler, Munich, 1983, pp. 61-62.

²⁰ Esta noción también la apoya ARTHUR MACY COX: *Russian Roulette. The Superpower Game*, Times Books, Nueva York, 1982, cap. IV.

rían el papel de la potencia militar en hacer ver al campo «imperialista» que los medios de aquel carácter no pueden resolver la pugna histórica entre los dos sistemas sociales y políticos. Al tiempo se reduce la posibilidad de que los occidentales puedan realizar ganancias militares a expensas del bloque socialista.

En tal sentido, la política soviética trataría, básicamente, de minimizar los incentivos de pensar que un ataque contra la URSS tuviese éxito (para lo cual se potencian sus elementos ofensivos). A la vez se hace hincapié en la obvia necesidad de evitar todo estallido de hostilidades. Pero también aquí la aplicación de la lógica anticipatoria del peor caso entre los posibles, orientando por él la acción propia, lleva a los soviéticos a desarrollar una capacidad de combate en condiciones de conflicto nuclear, garantizándose la posibilidad de poder asestar un segundo golpe, aun tras recibir uno más o menos aniquilador.

Una autoridad que, como Garthoff, está por encima de toda sospecha ha señalado que los rusos aceptan el equilibrio nuclear estratégico como un dato y que en gran medida sus programas tienden a garantizar el no quedarse atrás. Desde la perspectiva marxista cabe argumentar que, teniendo en jaque al poder militar capitalista, serán las fuerzas económicas y sociales básicas las que determinarán la marcha hacia el futuro²¹.

Sea ello como quiera (el tema de la contención del militarismo de la URSS merece un trabajo aparte), parece central en el pensamiento soviético la noción de no hacer depender, en ningún momento, de un adversario potencial la seguridad de la nación. A mitad de los años sesenta, mientras los Estados Unidos se zambullían en Vietnam, el Kremlin empezó a asignar un volumen creciente de recursos al establecimiento de una potente fuerza de misiles intercontinentales, aunque ello no implicase una disminución de la importancia atribuida a las fuerzas regionales que cubrían la Europa occidental.

Dicha ampliación del abanico estratégico respondía, como han indicado Berman y Baker, al rápido desarrollo de la amenaza que planteaban los misiles intercontinentales norteamericanos, en particular los Polaris.

En la protección de las fuerzas regionales soviéticas pasó a jugar un papel importante el despliegue del misil SS-11, de alcance variable, que asumió, a partir de 1966, misiones intercontinentales.

La implantación de otros de largo alcance en submarinos trataría de acrecentar también la supervivencia del arsenal basado en tierra a lo cual se orientó igualmente un amplio programa de endurecimiento de silos y otros puntos de lanzamiento. La URSS se precipitaba, así, a una carrera que la llevaría a alcanzar la paridad nuclear con Estados Unidos, afirmando su *status* de superpotencia global.

²¹ RAYMOND L. GARTHOFF: «Mutual Deterrence and Strategic Arms Limitation in Soviet Policy», *International Security*, verano de 1978.

Según recuerda Holloway el despliegue de armas nucleares soviéticas en Europa se ha interpretado como manifestación del deseo de disuadir a la OTAN a utilizar las propias. Ello tendería a socavar la estrategia de respuesta flexible en la medida en que de tal suerte el Pacto de Varsovia juega, además, con su superioridad convencional. Se ha argumentado también que una agresión convencional soviética podría incluir acciones puntuales contra las armas nucleares de la Alianza dificultando la flexibilidad de su reacción. En esta interpretación se subraya que dichas armas no sólo están relacionadas con la evolución del equilibrio estratégico nuclear entre las dos superpotencias sino que forman parte esencial del balance de fuerzas convencionales en Europa.

HACIA EL DEBATE ACTUAL

Cox ha acumulado una amplia serie de testimonios soviéticos contra la racionalidad de una guerra nuclear y en los que, a mayor abundamiento, se expresa con toda claridad que, en el caso de que la Unión Soviética fuese atacada con armas nucleares, la respuesta abarcaría todo el potencial disponible²². Para numerosos comentaristas las conceptualizaciones norteamericanas acerca de una posible guerra nuclear limitada carecen de todo fundamento real y se basan, además, en una valoración incorrecta de la política y de las intenciones soviéticas.

Sin embargo muchas de las cuestiones que plantea para Europa la acumulación de crecientes arsenales nucleares tienen que ver con el rápido despliegue de los bombarderos «Backfire» (en la terminología OTAN) a partir de 1974/1975 y de los misiles SS-20 de alcance intermedio, desde 1976, para sustituir a los sistemas que entraron en servicio en la década de los cincuenta y a principios de los sesenta. Ello implica, ha puesto de manifiesto Krell, que la decisión para desarrollarlos debió ser adoptada en la segunda mitad de ésta en el caso de los «Backfire» y a comienzos de los setenta en el de los SS-20²³.

Los primeros poseen un radio de acción de hasta 5.000 kilómetros, pueden cubrir toda la Europa occidental y lanzar una carga nuclear de hasta ocho toneladas. Vuelan muy rápidos y hay en servicio un centenar aproximadamente. Los segundos son móviles, poco vulnerables, con un alcance de

²² Así, por ejemplo, en noviembre de 1967 el comandante en jefe de las Fuerzas de Misiles Estratégicos escribía que «el intento por parte de un agresor de infligir un ataque cauterizador por sorpresa no puede darle un ventaja decisiva para alcanzar la victoria...». Dos años más tarde el general Semyon P. Ivanov afirmaba que dado el nivel de desarrollo técnico, desde entonces acrecentado, sería imposible destruir por completo las armas nucleares por lo que no resultaba factible eliminar la posibilidad de que se lanzara un devastador ataque de represalias. Muchos especialistas occidentales son de la misma opinión.

²³ GERT KRELL y HANS-JOACHIM SCHMIDT: *Der Rüstungswettlauf in Europa. Mittelstreckensysteme, Konventionelle Waffen, Rüstungskontrolle*, Campus Verlag, Frankfurt, 1982, pp. 23-24.

4.500 a 5.000 kilómetros, disponen de hasta tres cabezas y apuntan, con gran precisión, a un amplio abanico de blancos. Hay desplegados unos 315 misiles con unas 560 cabezas²⁴.

Al principio la implantación de las nuevas armas no inquietó demasiado a los europeos. En 1975 el Grupo de Planificación Nuclear de la OTAN sopesó la introducción de los misiles de crucero como panacea de los males estratégicos: eran móviles, casi invulnerables, de gran penetrabilidad entre las defensas enemigas, de enorme precisión y relativamente lentos, lo que no plantearía temores de que con ellos pudiera asestarse un primer golpe.

En realidad los europeos estaban más bien intranquilos ante la posibilidad de que la «garantía nuclear» norteamericana hubiera perdido parte de su credibilidad, una vez que las dos superpotencias habían llegado a una situación de paridad nuclear²⁵. Y, curiosamente, para evitar un eventual distanciamiento entre Europa Occidental y los Estados Unidos, en lo que influyó sin duda la errática política del presidente Carter y su oposición a los misiles de crucero, fueron los alemanes quienes por boca del canciller Schmidt, en un sonado discurso ante el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres en octubre de 1977, reclamaron ansiosamente la modernización de las fuerzas nucleares de alcance intermedio de la Alianza. Como es sabido, fue el peso de los factores políticos internos lo que hizo cambiar las posturas 180 grados. En Europa y, sobre todo, en Alemania Occidental el debate sobre la bomba de neutrones puso de manifiesto la revulsión de una parte de la población ante el fortalecimiento del potencial nuclear, que tendría efectos negativos —se temía— sobre la *Ostpolitik* y la distensión con la Unión Soviética. Y en los Estados Unidos Carter se encontró con una cerrada oposición de los segmentos más conservadores y duros del Senado y de la sociedad norteamericana que dio, en la crisis de Afganistán, al traste con su empeño en lograr la ratificación del acuerdo SALT-2 y que le puso en el dilema de tener que escoger entre afrontar un descalabro político o apuntalar la capacidad nuclear norteamericana en las dos versiones entonces en boga: introducción del novedosísimo misil experimental MX o —según se decía— restablecimiento del equilibrio estratégico en Europa. Cuando optó por esto último se encontró, sin embargo, con que Schmidt abogaba entonces por la limitación de armamentos. De aquí el doble carácter de la ya famosa decisión del Consejo Atlántico del 12 de diciembre de 1979²⁶.

²⁴ Datos del International Institute for Strategic Studies, *The Military Balance 1982/1983*, Londres, 1982, última edición disponible, en el momento de redactar este trabajo.

²⁵ Como es sabido esta intranquilidad fue creciendo y llegó a su límite tras el famoso discurso de Kissinger en Bruselas el 1 de septiembre de 1979 en el que suscitó crudamente la posibilidad de que los Estados Unidos pudieran negarse a cometer suicidio de no poder disponer de fuerzas mejoradas en Europa que utilizar en vez de las estratégicas. Sin embargo parece obvio que dicha interpretación es controvertible por, al menos, dos razones: nada garantiza que la Unión soviética no ataque el territorio norteamericano si es atacada desde Europa; en segundo lugar, los rusos han puesto de manifiesto en numerosas ocasiones que no creen en la guerra nuclear limitada.

²⁶ JOSEF JOFFE: «Allies, Angst, and Arms Control: New Troubles for an Old Partnership», en OLIVE y PORRO, *op. cit.*, pp. 24-26.

En base a ella se acordó el despliegue de 108 misiles Pershing II en la República Federal y el de 464 misiles de crucero, como sigue: 96 en aquélla, 160 en el Reino Unido, 112 en Italia, y 48 en Bélgica y otros tantos en Holanda, aunque los Gobiernos de estos dos países plantearon ciertas reservas a la decisión.

La segunda parte de ésta preconizaba la realización de negociaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética con el fin de reducir la tensión nuclear a un nivel menor.

Los defensores de la doble decisión subrayaron la simultaneidad e igual valor entre sus dos partes, la relativa al despliegue de los nuevos sistemas y la que hace referencia a la negociación. Y los ministros de la OTAN partieron en sus deliberaciones de que esta última habría de celebrarse y dar algún resultado antes de que dicho despliegue pudiera empezar a verificarse. Ello no sería antes de finales de 1983, y no teminaría hasta 1988. En el mejor de los casos, si las negociaciones tenían éxito, el propio despliegue podría resultar superfluo. Pero que esto no sería probable lo indicó el hecho de que transcurrió un lapso de tiempo irrecuperable antes de que en Ginebra se iniciaran las negociaciones entre las dos superpotencias el 30 de noviembre de 1981.

En el ínterin creció rápidamente la oposición pacifista. En 1980 el movimiento emergió con fuerza en Holanda, Alemania Occidental, Noruega, Dinamarca e Inglaterra. Una organización, la Campaña de Desarme Nuclear Europeo, empezó a coordinar esfuerzos. Las manifestaciones se multiplicaron. Sin embargo, no fue hasta el año siguiente, con el advenimiento de la administración Reagan y sus proclamaciones belicosas²⁷, cuando adquirió dimensiones escasamente previstas con anterioridad.

En octubre y noviembre más de 250.000 personas se manifestaron en Bonn y Londres, 300.000 lo hicieron en Amsterdam, 200.000 en Roma. Tampoco España escapó a esta oleada y aunque las cifras de manifestantes varían según las fuentes es indudable que el movimiento adquiriría rápidamente fuera de nuestro país una influencia política que no cabía ignorar.

En el debate sobre la seguridad en Europa, planteado tras la decisión de la OTAN de diciembre de 1979, han cristalizado tres posturas básicas:

- a) Aceptación, a cualquier precio, del despliegue de los nuevos sistemas norteamericanos.
- b) Despliegue de los Pershing II y de los misiles de crucero tras el fracaso de las negociaciones ruso-americanas de Ginebra.
- c) Oposición al despliegue en cualquier caso.

²⁷ Una obra que ilustra bien esto es la de ROBERT SCHEER: *With Enough Shovels: Reagan, Bush, & Nuclear War*, Random House, Nueva York, 1982.

En lo que sigue trataremos de sistematizar los argumentos más frecuentemente utilizados por los partidarios y los oponentes del despliegue, aunque sin pretender agotar toda su amplia variedad. La selección está influida por un cierto conocimiento directo del debate intraalemán.

ARGUMENTOS A FAVOR DEL DESPLIEGUE

El primer argumento postula una relación estrecha entre el despliegue previsto y el de los bombarderos «Backfire» y misiles soviéticos SS-20. Sin embargo aunque se trata de un argumento oficial hay razones para pensar que no es una causa esencial y primaria sino, todo lo más, cooperadora. Los 464 misiles de crucero no pueden, en efecto, anular la panoplia regional soviética, modernizada y ampliada constantemente.

Un segundo argumento se basa en que con los nuevos sistemas la OTAN tendrá la capacidad de desarrollar acciones selectivas tras la vanguardia del Pacto de Varsovia.

Se trataría, en aplicación de la doctrina de la «respuesta flexible», de ampliar el abanico de opciones posibilitando golpes que incrementen el nivel de riesgo del adversario y hagan disminuir la atractividad que éste pueda sentir por una agresión. Por ello los nuevos sistemas se despliegan en número relativamente reducido y se han seleccionado por su gran precisión y puntería. Con los misiles de crucero y los Pershing II cabría desarmar parcialmente a la URSS, pero ello no evitaría que ésta replicase contra Europa occidental. A tenor de Richard Burt, sirven para que el Kremlin se dé cuenta de que la Unión Soviética no puede ser un santuario protegido desde el cual le sea posible amenazar nuclearmente a la Europa occidental²⁸.

Una tercera línea de argumentación subraya la vulnerabilidad de las fuerzas nucleares de la OTAN en Europa occidental (casi la mitad del potencial se encuentra en ubicaciones fijas, que ofrecen blancos fáciles. La capacidad de penetración de la aviación disminuye constantemente. Las armas nucleares tácticas —un 70 por 100 aproximadamente— tienen un alcance de sólo hasta 170 kilómetros, y están, además, muy concentradas en 50 ó 60 depósitos). Aquí se ha indicado que si tal vulnerabilidad se encuentra en la base de la decisión lo correcto sería proceder al despliegue de nuevos sistemas en submarinos aunque ello disminuyera la precisión de tiro. En cualquier caso, el mando europeo de la OTAN tiene asignado un número no revelado de submarinos nucleares del tipo Poseidon. Cada uno de ellos dispone de 16 misiles del mismo nombre con entre ocho y 14 cabezas —con una potencia casi el doble de la bomba de Nagasaki— y cuenta, por consiguiente, con la posibilidad teórica de apuntar un amplio abanico de blancos en la URSS. Su capacidad destructiva, se ha afirmado, es el doble que la de todas las municiones utilizadas en la segunda guerra mundial. En el verano

²⁸ RICHARD BURT: «NATO and Nuclear Deterrence», en OLIVE y PORRO, *op. cit.*, p. 117.

de 1981 se señaló que dicho mando tenía asignados seis de tales submarinos, lo que hace pensar que las cabezas nucleares que podrían ser lanzadas desde los mismos superarían, en teoría, ampliamente las 400 que se mencionan con frecuencia²⁹. Aunque el número no sea mucho más elevado se trata, en todo caso, de un arsenal impresionante.

Sobre el balance de fuerzas nucleares intermedias en Europa hay largas y prolijas discusiones. Con todo, para justificar la decisión de la OTAN existe un cuarto argumento que se nos antoja mucho más importante. En realidad para muchos autores es el argumento central: el despliegue de los nuevos sistemas norteamericanos trataría de evitar o contrarrestar las eventuales tendencias a un posible «desenganche» (*decoupling*) por parte de los Estados Unidos pues una agresión contra Europa occidental implicaría la utilización de los mismos. Con ello se subrayan la homogeneidad estratégica y la unidad de destino entre todos o, como dice Burt, los principios de riesgo, esfuerzo y seguridad compartidos. Se trata, pues, de un argumento de índole esencialmente política y psicológica. Aunque es fácil revestirlo de justificaciones de otro carácter. Así, incluso desde la perspectiva del «desenganche», se ha subrayado que el despliegue aumenta la capacidad de disuasión pues la URSS se lo pensaría más veces el agredir un territorio que cuenta con novedosos sistemas estadounidenses que si éstos se encontraran sumergidos en algún punto del Atlántico.

No deja de llamar la atención que los rusos no hayan hecho nunca la distinción, tan cara a los occidentales, entre misiles basados en Estados Unidos y misiles estacionados en Europa capaces de alcanzar territorio soviético: todos ellos son considerados estratégicos por la doctrina oficial de la URSS. En tal sentido, los nuevos sistemas parecen indispensables a la ampliación de la disuasión.

Por último, un quinto argumento —más flojo— hace referencia a la capacidad de dominar la escalada en los diversos niveles de la misma. Los europeos temen que la OTAN se vea disuadida a proceder hacia los más elevados por entender que la URSS goza de superioridad no sólo en el ámbito de las fuerzas convencionales sino en la variada panoplia del arsenal nuclear. En consecuencia, la amenaza de la OTAN de iniciar la escalada recurriendo a armas nucleares tácticas para pasar luego a las de alcance más amplio hasta llegar a las estratégicas, como exige la estrategia de la «respuesta flexible», va resultando ser un mecanismo de disuasión de credibilidad cada vez menor. En tal sentido el nuevo despliegue se contempla como un intento de recuperar la capacidad de dominar la escalada. Pero, según afirma Joffe, para eso 572 sistemas son demasiado pocos³⁰.

²⁹ TOBIAS *et al.* p. 125; BASTIAN: *op. cit.* p. 94, y RUTH LEGRE SIVARD: *World Military and Social Expenditures, 1982*. World Priorities, Leesburg, 1982, p. 11.

³⁰ La enumeración de argumentos sigue a este autor, *op. cit.*, pp. 33-34, aunque la discusión haya sido ampliada.

LA POSTURA SOVIÉTICA

Los rusos, por su parte, divisan en el futuro despliegue de los nuevos sistemas norteamericanos el intento de los Estados Unidos de recuperar la superioridad militar en Europa. La Unión Soviética se vería amenazada no sólo por el abanico de misiles intercontinentales en silos fijos y a bordo de submarinos sino también por los nuevos Pershing II y los misiles de crucero, capaces de alcanzar territorio soviético y que, por ende, son considerados estratégicos.

Es más, el Pershing II, en particular, con la posibilidad de dar en el blanco en un lapso de tiempo tan corto como son unos diez minutos (frente a la media hora que tarda un misil intercontinental) unido a su gran precisión (que comparte con los misiles de crucero), estimada en una mera desviación del objetivo de 20 a 40 metros, frente a los 300 metros del SS-20 aparece a los soviéticos como un arma dirigida contra objetivos puntuales, contra la fuerza, capaz de nulificar la posibilidad de lanzar los propios misiles en condiciones de inmediata anticipación de un ataque (*«launch under warning»*) o durante éste (*«launch under attack»*). Se trata, pues, de un arma —dicen— de primer golpe, aunque ello se niegue, con escasa razón, por los norteamericanos.

Con tales sistemas los Estados Unidos pueden aumentar su nivel de amenaza para la URSS en tanto que ésta, con los SS-20, sólo amenaza a los países europeos occidentales, no a aquel continente. Y, por ello, en la interpretación soviética, los SS-20 no son un arma estratégica.

Esta argumentación es inaceptable para los occidentales. Admitirla equivaldría a poner en cuestión el principio de la indivisibilidad de la seguridad en que se basa la OTAN.

Y, en consecuencia, la amenaza dirigida contra Europa occidental a través de los SS-20 y los sistemas soviéticos en desarrollo tiene para los europeos la misma significación que la que representan para los norteamericanos los misiles intercontinentales. Es más, algunos analistas occidentales han señalado recientemente que es bastante verosímil que, con la introducción de los SS-20, el Kremlin no previera las consecuencias no militares sino políticas y psicológicas que ello terminaría provocando entre algunos de los miembros de la Alianza.

La estrategia soviética se mueve en dos planos. En el primero se destacan las relaciones entre las superpotencias y su equilibrio relativo (como ocurrió en los Tratados SALT-1 y SALT-2). En el segundo, por el contrario, se contraponen los arsenales de los bloques, como ocurre en las negociaciones de Ginebra, y tratan de incorporar todos los sistemas, lo que supondría computar también las fuerzas nucleares francesas y británicas. Este no es uno de los menores escollos en Ginebra.

Como ha puesto de relieve Ericson, la Unión Soviética divisa en el previsto despliegue nada más y nada menos que el desarrollo de una «capacidad nuclear euroestratégica», unida a la aparición de nuevas armas norteamericanas que resultan idóneas para asestar un primer golpe, que persiguen objetivos esencialmente ofensivos y que, además, se amplían constantemente. En estas condiciones, no es difícil predecir una nueva escalada en la carrera armamentística.

ARGUMENTOS DE LOS ADVERSARIOS DEL DESPLIEGUE

En el movimiento pacifista de la Europa occidental —sobre todo en la República Federal de Alemania— se barajan otros argumentos en contra de la decisión de la OTAN de 1979 y el estacionamiento de los Pershing II y de los misiles de crucero³¹.

El primero, y quizá más importante, parte del supuesto de que la disuasión podría fracasar. En este caso la Unión Soviética tendría interés en neutralizar inmediatamente los nuevos sistemas en tanto que los norteamericanos tratarían de salvarlos de la destrucción lanzándolos antes de que los rusos los aniquilasen. En consecuencia *son armas que desestabilizan, aún más, las crisis*.

Y esta tendencia se acentúa si los Pershing II se estacionan en los lugares previstos —los mismos que los Pershing I— y que, en consecuencia, deben ser conocidos por los rusos.

Dicho argumento no es aceptado por quienes preconizan el despliegue. Estos indican que para neutralizar todos los nuevos sistemas la Unión Soviética tendría que utilizar otros tantos, lo que equivaldría a un ataque en toda regla contra la Alianza Atlántica que acudiría a la escalada nuclear. Un primer golpe soviético contra los nuevos sistemas no parece compatible, en consecuencia, con los fines atribuidos a Moscú que estriban, según se presume, en romper la cohesión de la OTAN, debilitar a los Estados Unidos y ampliar a Europa occidental la esfera de influencia política propia.

Un segundo argumento vincula la modernización del arsenal nuclear con los intentos norteamericanos de diseñar estrategias que permitan sostener «guerras nucleares limitadas». Sistemas de disuasión regionales suficientemente dotados sustituirán progresivamente al sistema global con el fin de evitar

³¹ La literatura generada sobre este tema a lo largo de los últimos años es abundantísima. De entre la misma deseo destacar las obras siguientes: STUDIENGRUPPE MILITÄRPOLITIK: *Aufrüsten, um abzurüsten? Informationen zur Lage*, Rowohlt, Hamburgo, 1980; HENNING SCHIERHOLZ (ed.): *Frieden, Abrüstung, Sicherheit*, Rowohlt, Hamburgo, 1981; DIETER S. LUTZ: *Weltkrieg wider Willen? Die Nuklearwaffen in und für Europa*, Rowohlt, Hamburgo, 1981; ULRICH ALBRECHT: *Kündigt den Nachrüstungsbeschluss!*, Fischer, Frankfurt, 1982. A un nivel más teórico: PETER SEIDEL: *Die Diskussion um den Doppelbeschluss. Eine Zwischenbilanz*, Bernard & Graefe, Munich, 1982. La avalancha de publicaciones continúa.

la necesidad de dar respuestas masivas y mantener los conflictos al nivel de riesgo más reducido posible³².

Pero se ha afirmado —así, por ejemplo, el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos— que una guerra nuclear limitada es, técnicamente considerada, de difícil si no de imposible realización y que, en último término, a la Unión Soviética le es indiferente que una agresión proceda de la Europa occidental a través de sistemas norteamericanos o de los Estados Unidos. En ambos casos la doctrina soviética prevé represalias contra unos y otros. Ello reduciría la necesidad del despliegue europeo por razones estrictamente militares.

Un tercer argumento liga el desarrollo y despliegue de los SS-20 a los esfuerzos de modernización de los arsenales nucleares occidentales. Así, por ejemplo, se indica que los sistemas soviéticos anteriores —los SS-4 y SS-5— estaban anticuados: no son móviles, tienen cabezas de un megatón, que son inadecuadas para blancos puntuales (por lo que su uso generaría reacciones masivas), y resultan carentes, en consecuencia, de credibilidad.

Este tipo de argumentación desemboca, sin embargo, en el tema más amplio y complejo de las comparaciones relativas de fuerzas regionales. Y como estas comparaciones no pueden hacerse con independencia de las situaciones globales, de las percepciones de amenaza y de las respuestas organizativas y técnicas de largo período de maduración llevan a tediosas y proliferas controversias.

En este debate, mucho más general, son dos los niveles que conviene destacar:

1.º Como ha señalado Holloway, lo que se ha producido en Europa no es sólo una confrontación entre sistemas de armas sino, sobre todo, una confrontación de estrategias. Cada parte cree que la otra trata de socavar la estrategia del adversario, disminuyendo así la seguridad de éste. La estrategia de la «respuesta flexible» fue diseñada cuando la OTAN disponía de superioridad numérica en los arsenales nucleares estratégicos y tácticos. En consecuencia un objetivo soviético ha estribado, posiblemente, en problematizar aún más dicha doctrina. Y la OTAN divisa en ello el intento soviético de adquirir ventajas militares y, sobre todo, políticas con respecto a Occidente.

2.º El segundo nivel de discusión lo ha ilustrado Cox. Se establece entre quienes se aferran desesperadamente a la opinión de que las armas nucleares han de seguir teniendo una significación política. Y los que afirman que una vez que la Unión Soviética ha alcanzado la paridad nuclear no aceptará nunca quedarse a la zaga y que, por consiguiente, lo mejor es reducir los arsenales nucleares a niveles más bajos³³.

³² También sobre este tema es muy abundante la literatura, particularmente la generada por analistas próximos a la Administración Reagan y que ha inducido una crítica acerada a los senadores Edward M. Kennedy (demócrata) y Mark O. Hatfield (republicano). *Freeze! How You Can Help Prevent Nuclear War*. Bantam Books, Nueva York, 1982, cap. 4.

³³ Cox. *op. cit.*, pp. 118-119.

Esta es, por ejemplo, la actitud del movimiento antinuclear norteamericano y se encuentra en la base de las peticiones de congelación de arsenales, que han penetrado rápidamente en los más variados estratos de la sociedad estadounidense.

UNA CARRERA ABSURDA

Lo que está fuera de toda duda es que los arsenales nucleares han llegado al punto en que su existencia no se justifica racionalmente. Ambos bloques poseen la capacidad suficiente para soportar una primera andanada aniquiladora de la civilización y destruir a la otra parte. Se ha calculado, por ejemplo, que aunque los norteamericanos vieran obliterados todos sus misiles intercontinentales, todavía les quedarían los bombarderos y los submarinos nucleares en alerta permanente para lanzar más de 4.000 bombas de hidrógeno contra la Unión Soviética, lo que podría aniquilar veinte veces todas las ciudades de alguna significación del país³⁴.

En consecuencia, resulta absolutamente estéril seguir acumulando arsenales más allá de un nivel mínimo de disuasión y de capacidad de destrucción garantizada. Al contexto ha aludido con palabras muy pertinentes el propio Kennan: «Hemos ido amontonando armas sobre armas, misiles sobre misiles, nuevos niveles de destructividad sobre los anteriores... y el resultado es que hemos conseguido, nosotros y los rusos, alcanzar... niveles de superabundancia de tan grotescas dimensiones que desafían toda comprensión racional.

Me pregunto si estos artefactos son realmente armas. Un arma es, en el mejor de los casos, algo con lo que se trata de afectar al comportamiento de otra sociedad, influyendo en la mente, cálculos y las intenciones de los hombres que la controlan. No es algo con lo que se destruye indiscriminadamente las vidas, la sustancia, las esperanzas, la cultura y la civilización de otra gente... En mi opinión, la bomba nuclear es el arma más inútil jamás inventada. No puede utilizarse para ningún propósito racional...»³⁵.

Y Kennan es, en consecuencia, uno de los analistas que más ha defendido la reducción de los disparatados arsenales nucleares. En realidad, la búsqueda obsesiva de la superioridad militar, cualesquiera que sean los parámetros con que la midamos, para negociar después con la otra parte desde una posición de ventaja —como tratan de conseguir los halcones norteamericanos y soviéticos—, no sirve nada más que para intentar racionalizar malamente una dinámica armamentística que resulta absolutamente inaceptable.

Contra ello es necesario oponerse porque el intentar adquirir más seguridad gracias a tan intensas pulsaciones de rearme es tema muy discutible. Son

³⁴ DANIEL FORD, HENRY KENDALL y STEVEN NADIS: *Beyond the Freeze. The Road to Nuclear Sanity*, Beacon Press, Boston, 1982, p. 39.

³⁵ GEORGE F. KENNAN: «A Proposal for International Disarmament», en, del mismo, *The Nuclear Delusion*, op. cit., p. 176.

numerosos los analistas que han demostrado que ello es inverosímil y que aumenta el nivel de riesgo.

Ahora bien, el problema estriba, como ha señalado el diplomático español Carlos Fernández Espeso, en que no es fácil determinar el nivel mínimo de disuasión. En ésta influyen muchos factores y no sólo la capacidad suficiente de destrucción del adversario. Hay otras cuestiones tales como la mayor o menor posibilidad de hacer presión política o psicológica, el deseo de generar ciertos efectos sobre la percepción del oponente, etc., que pueden aconsejar la consecución y el mantenimiento de niveles de disuasión más elevados. Y se ha reiterado que niveles mínimos estrictos no garantizan a quienes los observe que un adversario decidido no pueda arrollarlos. En consecuencia se requiere siempre un cierto margen de redundancia.

Con todo, parece indiscutible que, en la actualidad, dichos niveles «razonables» están ampliamente sobrepasados.

El debate de la seguridad en Europa —y, en parte, la paranoia nuclear— responde, no en último término, a mecanismos y actitudes políticas e intelectuales. Por consiguiente, ha de buscárseles una solución también de tal carácter. Y en ello han de jugar un papel importante los movimientos de base y la opinión popular que exijan una información precisa a los Gobiernos y presionen sobre éstos para inducirles a buscar vías de mejora, que nos permitan sortear el *impasse* de la carrera nuclear.

Dentro de las menos «utópicas» la discusión en Europa incide sobre varias:

La primera estriba en llevar a buen puerto las negociaciones de Ginebra. Las perspectivas no son muy halagüeñas y si los presupuestos de ambas superpotencias no varían, los avances previsibles no serán muy significativos, si es que se producen.

La segunda consiste en que la OTAN renuncie a su doctrina de utilizar en primer lugar armas nucleares frente a un desbordamiento convencional. Sobre ello hay en marcha una discusión intensa que hasta ahora se ha mantenido a nivel teórico, examinando los pros y los contras, tras la sugerencia lanzada, en la primavera de 1982, por Kennan y otros expertos norteamericanos, todos ellos con amplia experiencia en temas de defensa y/o negociaciones sobre desarme y que han ocupado puestos importantes en la Administración estadounidense³⁶.

³⁶ Se trata de Mc George Bundy, asesor del presidente para temas de seguridad nacional de 1961 a 1966; Robert S. McNamara y Gerard Smith, jefe de la delegación en las negociaciones SALT-1 de 1969 a 1972 y embajador en misión extraordinaria y representante del presidente para asuntos de no proliferación de 1977 a 1980. El artículo, «Nuclear Weapons and the Atlantic Alliance», *Foreign Affairs*, primavera de 1982, ha despertado una polémica muy intensa, de la que ha publicado muestras la misma revista.

Una puntualización posterior la hace VICENZO TORNETTA, «The Nuclear Strategy of the Atlantic Alliance and the "no-first" use debate», *NATO Review* núm. 5, 1982.

En el artículo de próxima aparición en *Leviatán* se profundiza en el tema de la elevación de los niveles de defensa convencional; sobre ello es de esencial lectura el informe del European Security Study, *Strengthening Conventional Deterrence in Europe. Proposals for the 1980's*, St. Martin's Press, Nueva York, 1983.

Pero más allá del análisis teórico una renuncia a la doctrina que ha guiado a la OTAN desde su creación requiere desmontar toda una serie de mecanismos e instituciones que se han considerado básicos en la defensa europea. Y, como ha indicado Holloway, exige modificar las condiciones que dieron origen a dicha doctrina. Una de ellas es el *desequilibrio aparente de fuerzas convencionales entre la OTAN y el Pacto de Varsovia*.

Varios analistas han cuestionado últimamente dicho *desequilibrio* manifestando que éste es mucho menor de lo que suele asumirse y que, en la actualidad, el nivel de fuerzas convencionales del Este no basta para garantizar el éxito de una agresión³⁷. Aun así, parece claro que la OTAN habría de compensar una eventual renuncia a su doctrina con un reforzamiento de la defensa convencional. ¿Sería esto políticamente factible en los países europeos occidentales?

Con Holloway entiendo, pues, que dicha vía debería analizarse cuidadosamente: contribuiría a elevar el nivel al cual se contempla la utilización de armas nucleares, permitiría reducir el número de éstas y, en consecuencia, favorecer al desarme y, sobre todo y ante todo, tras la experiencia de la doble decisión de 1979, llevaría a evitar refinamientos y complejidades de la doctrina estratégica que, por lo que se ha visto, no ha hecho sino provocar tensiones adicionales entre los bloques.

La tercera vía, mucho más hipotética que la anterior, consiste en establecer zonas desnuclearizadas. La primera de este tipo cristalizó en el Tratado de Tlatelolco que abarca toda la América Latina³⁸. Para Europa se cuenta, entre otras, con las sugerencias de la Comisión Palme sobre problemas del desarme y de la seguridad³⁹ que preconiza la creación de una zona de tal carácter en unos 150 kilómetros a cada lado en el frente central europeo.

El Informe Palme, apenas difundido en España⁴⁰, contiene un abanico bastante completo de ideas que podrían reducir la tensión nuclear: limitación cuantitativa y cualitativa de las fuerzas estratégicas, mantenimiento del Tratado contra sistemas antibalísticos de 1972, establecimiento de paridad en el nivel de fuerzas convencionales en Europa, creación en el continente de una zona libre de armas químicas, congelación del despliegue de armas antisatélite, adherencia general al Tratado de no proliferación, acuerdo de desarme en materia de guerra química, etc. Todas éstas y otras son nociones que necesitan ser desarrolladas y, en gran medida, apoyadas.

El movimiento por la paz en Europa puede constituir en ello un mecanismo de avance imprescindible. Los arsenales están íntimamente mezclados

³⁷ JOHN J. MEARSHEIMER: «Why the Soviets Can't Win Quickly in Western Europe», *International Security*, verano de 1982.

³⁸ JOSÉ R. MARTÍNEZ COBO: «La zona libre de armas nucleares de América Latina y su contribución al desarme», *Desarrollo*, núm. 2, 1982.

³⁹ *Common Security: A Programme for Disarmament*, Pan Books, Londres, 1982, pp. 147-149.

⁴⁰ Que yo conozca sólo se ha hecho eco de él hasta ahora, en un medio de gran difusión, JAVIER DÍAZ MALLEDO: «¿Hacia el holocausto nuclear?», *El País*, 10 de octubre de 1982.

con la política europea pero los problemas que suscitan son tan importantes que no pueden dejarse sólo al arbitrio de los Gobiernos y de los expertos. La campaña antinuclear puede, así, intensificar su presión desde la base, contribuir a desmitificar los «misterios» de la defensa, plantear propuestas imaginativas y exigir más y mejor información a las autoridades.

Todo avance en el sentido de la reducción de la sobresaturación armamentística nuclear es necesaria. Y no estará de más contrarrestar la falacia, tan extendida por los propagandistas de ambos bandos, de que la proliferación de costosos arsenales, que absorben cada vez más recursos escasos, nos ofrece a todos un nivel más elevado de seguridad.

Pero, en último término, al actual debate se ha llegado tanto a tenor de una evolución precisa como por una cierta obsesión de una determinada versión de la disuasión. Reconceptualizar ésta, en las nuevas condiciones de paridad estratégica, de superioridad soviética en ciertos sistemas de alcance intermedio y de creciente dependencia de la Europa occidental con respecto al arsenal nuclear norteamericano, se ha convertido en uno de los más acuciantes problemas de nuestra área geográfica. Lo que resultaba aceptable en los años sesenta y principio de los setenta puede que ya no lo sea, sin más, en estas nuevas condiciones. ¿Renunciará Europa occidental a perfilar una postura en materia de política de seguridad que alivie los temores que tanta desazón han venido provocando a ambos lados del Atlántico?